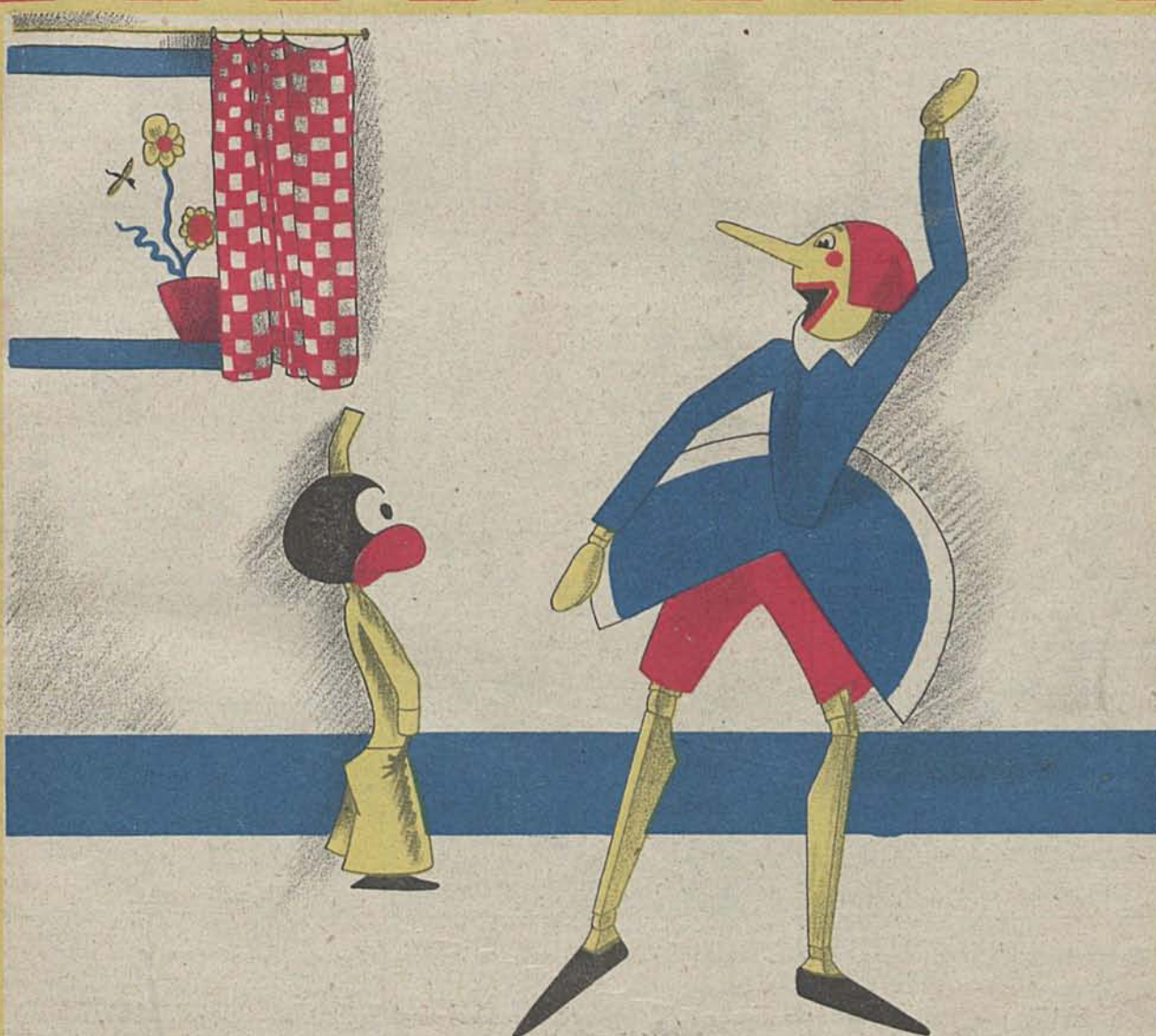


PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 152

25 cts

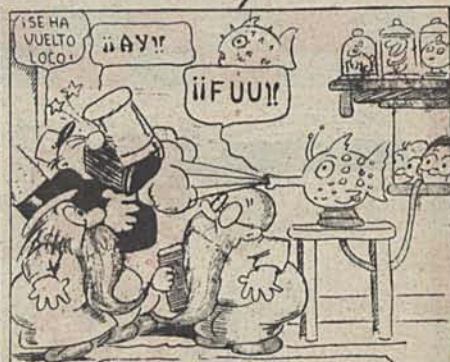
15 ENERO
1928



¡QUE HERMOSA VOZ PARA UNAS BOTAS!
¿DESDE CUANDO SIRVEN LAS VOCES PARA LAS BOTAS, CURRINCHE?
-DESDE QUE HAY BOTAS DE BECERRO.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL REY TICUNO

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Conclusión.)

La guardia, agrupándose precipitadamente, intentó oponer una larga resistencia; pero fué arrollada y cien cabezas, clavadas en picas, fueron llevadas en triunfo.

El rey Ticuno, medio borracho, tomaba el baño, como de costumbre, en una habitación interior del palacio y no se había dado cuenta de nada.

Ya podéis imaginaros cuál no sería su asombro cuando vió abrirse la puerta de la habitación y entrar a Tembo, armado de una hacha de guerra, chorreando sangre, seguido de un gran número de esclavos también armados.

El hombre que había jurado vengar la hecatombe acercóse al aterrorizado rey y le dijo:

—¡Poderoso monarca! Eres el más fuerte de todos los reyes del Senegal; has dominado millares de veces potros indomables; has ganado muchas batallas y decapitado al sultán de Segu, que fué un día poderoso; eres, o mejor aun, se cree que eres el guerrero más valiente del país. Ningún monarca es más rico que tú; ninguno posee un número mayor de esclavos, de animales y de joyas.

Tus mujeres son las más bellas, tus hijos son fuertes como su padre y tan valientes como él.

Cuando has hecho levantar las murallas de la ciudad que lleva tu nombre, has mostrado toda la extensión de tu poder y nos has demostrado que igual que Dios podías realizar prodigios asombrosos.

Rey Ticuno, nosotros somos humildes esclavos, sujetos a nuestro amo, celosos de servirle y deseosos de complacerle; pero también podemos enseñarte cosas que jamás habrás visto.

A una señal abriéronse las puertas y aparecieron las mujeres y los hijos del rey con las manos atadas detrás de la espalda y una cadena al cuello.

El monarca aterrado, trató de saltar fuera del baño y de pedir auxilio; pero no vió en torno mas que rostros animados del odio más profundo y unos brazos vigorosos que le obligaron a permanecer inmóvil.

—¿Qué quieres hacer de mis hijos y de mis mujeres? —preguntó con voz temblorosa.

—¿Qué has hecho de los míos y de la mía? —replicó el implacable Tembo.

El rey bajó la cabeza sin responder.

—Los has vendido como esclavos, y esclavos serán los hijos del poderoso monarca Ticuno —gritó Tembo después de un largo silencio. Después hizo otra señal.

La habitación daba a una gran terraza, que a su vez miraba sobre un gran patio.

Tembo mandó descorrer la cortina de seda azul que protegía la terraza de los rayos del sol y dijo:

—Poderoso monarca, ¿no te parece que falta un adorno a este soberbio patio que ocupa el centro de la ciudad?

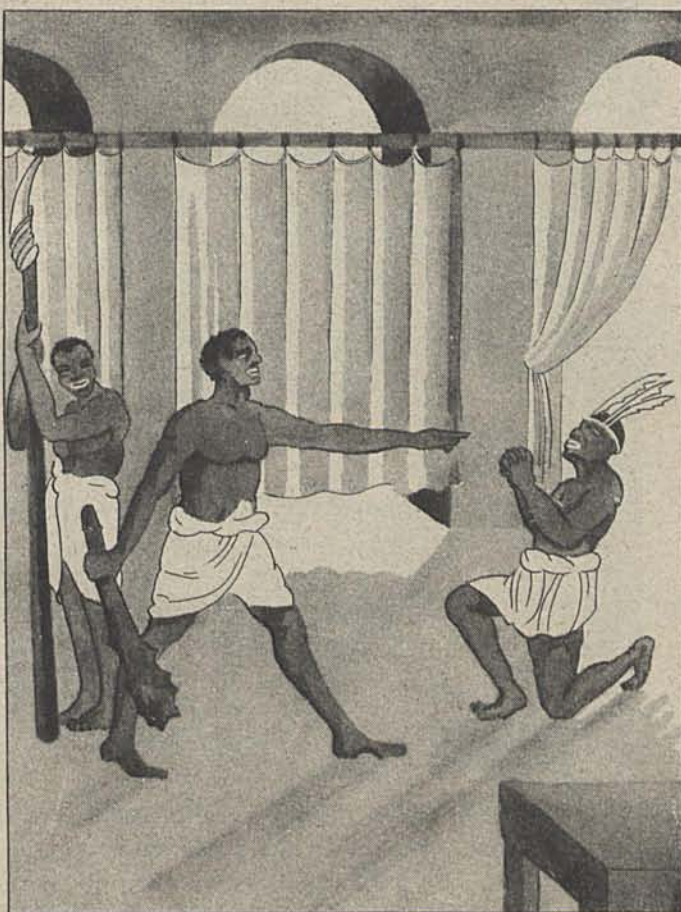
Tú has empleado sólo diez horas para cimentar, con los cuerpos de los esclavos, las murallas de la nueva ciudad, y no hará falta más tiempo para alzar en medio de tus palacios una cosa que tú no habrás visto jamás.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el desdichado con los dientes rechinantes, mientras un estremecimiento de terror le corría por los huesos.

—¡Mira!

Le cogió entre los brazos y le llevó a la terraza.

Un gran número de esclavos estaban cavando en





medio del patio, mientras otros llevaban palos y tablas en gran cantidad, que llenaban gran parte del espacio libre entre los dos edificios.

—Mira, ya empiezan a trabajar, poderoso monarca —dijo Tembo con cruel sonrisa—. Mira con tus propios ojos.

Y con sus propios ojos, el desdichado rey vió caer en el foso los cadáveres de sus ministros y guardias, y en seguida montones de arena y piedra en donde clavar el entarimado que se iba alzando en forma de torre, que se iba elevando rápidamente bajo el trabajo febril de centenares de hombres, rebasando la terraza primero y después los techos del palacio.

El rey Ticuno, sujetado por férreas manos, con la cara vuelta al patio, miraba sin lanzar una queja. Su contraída garganta no profería un grito; sus ojos, dilatados por el terror, no derramaban una sola lágrima; pero un sudor helado le caía de la frente inundándole el rostro.

A mediodía la torre estaba terminada, teniendo sesenta metros de altura, y superando las más elevadas edificaciones de la ciudad.

—Poderoso monarca—dijo entonces Tembo—, la torre ha sido terminada en menos tiempo del que tú has empleado en construir las murallas de tu ciudad, y como ves es más elevada; pero no es esto todo.

—¿Qué más cosas quieres mostrarme? preguntó Ticuno con voz ahogada. ¿El incendio de mi ciudad?

—No; nosotros, humildes esclavos, no queremos destruir nada, ni causar daño al pueblo que ha tomado parte en la conjura y que ha combatido a nuestro lado.

—Entonces, ¿quieres mi muerte? —Lo estoy leyendo en tus ojos.

—No; nosotros tenemos necesidad de conocer qué viento es el mejor para sembrar nuestras tierras, y bajo qué afortunada brisa se hinchan y maduran las espigas de nuestros granos. Tenemos necesidad de saber cuán-

do el viento caluroso del gran desierto soplará el polvo ardiente de nuestros sembrados y nuestras aldeas.

Tus tesoros, que encierran todo el oro que has robado violentamente a tu pueblo, nos suministrarán un poste que será de oro, y ya veremos el modo de colocar en él una hermosa bandera que gire al soplo del viento.

—¿La mía?

—No; la seda dura poco y a los pocos meses la torre se quedaría sin bandera. ¿Cómo lo haríamos entonces para conocer la dirección del viento?

Al pronunciar aquellas palabras el rostro de Tembo tomó una expresión tan grande de cólera, que el rey se estremeció. El desdichado vió entrar unos esclavos que traían un afilado palo de oro macizo de unos cuantos metros de longitud, unos clavos también de oro y un gran tablero de madera llamada de hierro, la madera más dura que existe y que es incorruptible por completo. Entonces unas manos robustas le agarraron, le colocaron encima del tablero y le clavaron rápidamente pies y manos.

—Y ahora, poderoso monarca, puedes estar bien contento —prosiguió Tembo—. Tus miradas no se dirigirán jamás sobre estos miserables esclavos, objetos de tu desprecio; desde ahora estarán dirigidas siempre hacia el

cielo, y no tendrán más rivales que las águilas de garras de acero que surcan el aire con sus inmensas alas.

El poste de oro fué unido al tablero, y en seguida el infeliz monarca, fué llevado al patio e izado a lo alto de la torre.

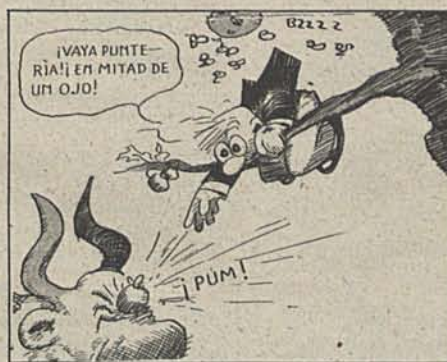
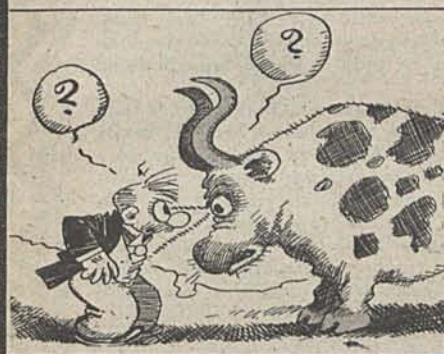
Cumplida aquella justicia africana, por unánime acuerdo, elevaron a Tembo a la dignidad del trono.

El ex esclavo, no perdió la cabeza ante aquella inesperada fortuna. Fué el mejor rey del Senegal, y al morir su reino era uno de los más florecientes y felices de toda aquella inmensa región. En cuanto a la bandera bajo la cual había sido enclavado el cruel Ticuno, flamea aún en lo alto de la torre y señala a los labradores de qué parte sopla el viento ardiente del vecino Sahara.





DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO



© 1954 Features Syndicate, Inc.



(Continuación.)

—Perfectamente. Estas son las señas de la carta. Tómela.

El joven oficial la cogió, rasgó con mano impaciente el sobre, sacó el pliego y se puso a leer ávidamente.

Wilson, que le observaba atentamente, veía reflejarse en su rostro las diversas emociones que suscitaba en su corazón aquella lectura.

Cuando hubo terminado, el pobre teniente lanzó un profundo suspiro.

—¡Ay, Dios mío!—murmuró alterado—¡Qué desilusión!... ¡Yo que he venido de Nueva Caledonia contando los días y las horas que me separaban de mi felicidad!

El almirante Wilson sin ocultar su propia emoción, se le acercó, para preguntarle:

—Teniente, ¿llega usted de Nueva Caledonia?

—Precisamente.

—¿Llega usted ahora mismo?

—Sí.

—¿Estaba usted en la isla el 28 de mayo pasado?

—Sí.

—¿Cuando estaban en Numea dos cruceros y un torpedero ingleses?

—Sí, sí.

—Seguramente tomaría usted parte en la fiesta que daba el gobernador, la noche en que se escaparon los seis forzados en el torpedero.

—Sí, señor.

—Entonces, mireme bien, ¿no me reconoce?

El oficial miró fijamente al anciano y pareció hacer un esfuerzo de memoria.

De pronto lanzó un grito:

—¡Usted! ¡Usted! el almirante Wilson!...

—Sí, amigo mío, soy Wilson, y es de agradecer que no haya olvidado las facciones de este infeliz marino.

—¡Señor almirante!

—¡He sido tan desgraciado!

—Nadie le atribuyó la culpa de lo sucedido. ¿Pero a qué debo el gusto de encontrarle en esta casa?

—A la misma causa que usted.

—¿De veras?... Tenga la bondad de explicarse.

—Con mucho gusto. ¿No ha venido usted aquí para ver a la señorita Campbell?

—¡Sí, pero ella es mi prometida!...

—Pues bien, Maud es...

El almirante se detuvo, cogióse del brazo del oficial y alejóse con él unos cuantos pasos.

—Usted es un caballero y un soldado. ¿Me da usted palabra de mantener secreto lo que voy a confiarle?

—Se lo prometo.

—Pues, bueno, oiga—y el anciano marinero inglés murmuró al oído del teniente Bounet unas cuantas palabras.

—¿Es posible?—dijo éste, estupefacto, cogiendo la mano de Wilson.

—Le doy mi palabra de honor de que es verdad.

—Usted es...

—¡Chitón!

—¡Ah! perdone, la sorpresa me hace olvidar mi deber

—¿Cree ahora que tenga derecho a interesarme por la suerte de Maud?

—¡Oh! sí, sí,

—¿Y qué es lo que le cuenta en su carta nuestra querida Maud?

—Vea usted. Lea.

El almirante cogió la carta que el oficial le tendía con afectuosa precipitación y la leyó rápidamente.

Es imposible decir lo que sintió en el momento de aquella lectura, pues los impulsos de su alma sólo se reflejaban por una extrema palidez en todo el rostro, bañado de un sudor frío.

La señorita Campbell informaba a su prometido de todo lo sucedido en aquellos días inolvidables; le hacía ver la necesidad y el sacrosanto deber de hija que le obligaban a emprender aquel largo viaje sin vacilación alguna, y le daba el itinerario que tenía que seguir, del Havre a Nueva York, de allí a San Francisco de California y después la travesía del Pacífico hasta la isla de Miné. Terminaba pidiéndole que la perdonase por tal resolución, tan cruel para su corazón, y haciéndole protestas de la invariable intensidad de su afecto.

No había más remedio que bajar la cabeza, a menos de ser el más exigente de los enamorados.

El almirante Wilson devolvió la carta y meneó la cabeza con aire preocupado.

—Amigo mío—dijo al teniente—, ármese de todo su valor, procure conservar en estas circunstancias toda su sangre fría.

—Señor, me asusta usted...

—¡Ay de mí!

—¿Qué pasa?

—Maud corre un gran peligro.

—¡Dios mío!

—Grandísimo...

—Hable, por Dios, se lo suplico de rodillas. Soy lo suficiente fuerte para escuchar y soportar cualquier desgracia...

El almirante expuso al joven oficial todas las sospechas más o menos fundadas que tenía acerca de aquella cuestión. Al oír el nombre de Barenval el teniente se reanimó. Creía, como todo el mundo, que el audaz evadido de Nou había perecido en el supuesto naufragio del torpedero inglés.

Pero al enterarse ahora de que el terrible capitán estaba sano y salvo, y había estado en París durante aquellos días, voló su mente a la amenazadora carta que había dejado para Maud al evadirse; fué reuniendo una a una todas las circunstancias antiguas y recientes, y se convenció de que Wilson tenía razón al suponer a la señorita Campbell víctima de alguna trama horrible tejida con infernal habilidad.

—¿Entonces la carta de su madre es una diabólica estratagema?—murmuró el pobre joven, apretándose la cabeza entre las manos, con desesperado gesto—. ¡Oh, pobre chiquilla!...

—Es posible que así sea—replicó el viejo marino—. Aquel canalla es capaz de cualquier cosa.

—Hace falta encontrar un remedio a tanta desventura.
—¿Cuál?... Hemos llegado demasiado tarde. Maud, el señor Touchet y el miserable que los ha engañado han emprendido el viaje hace ya horas...

Cipriano Bonnet se retorció las manos con gestos desesperados, cuando sintió que le tocaban la espalda.
Volvióse.

Era el agente Chicottry, que, después de haberse presentado, le dijo:

—Cálmese, teniente, yo creo que hay un medio para reparar esta desgracia.

—¿De veras?

Todos se pusieron a escuchar con ansia.

—Sí —prosiguió diciendo el bravo policía—. Supongo que la señorita Maud Campbell afirma en su carta que marchan a Nueva York.

—Así es, en efecto.

—Perfectamente.

—¿Y qué?

—¿Quiere usted dejarme la dirección de la empresa?

—Sí; pero...

—Ni una palabra más. Las explicaciones llegarán a su hora; sólo les pido por ahora un poco de confianza en mí, que soy del oficio.

—Concedida.

—Pues entonces, siganme ustedes.

—Reanimados por aquellas palabras, los cuatro hombres salieron a la calle

A la mañana siguiente a los hechos relatados, el agente Chicottry presentóse en la fonda donde se habían alojado el almirante Wilson, el *arung* Sudharah y el teniente Cipriano Bonnet.

El joven oficial era gascón; lo decimos ahora porque la rapidez de los acontecimientos nos ha impedido hacerlo antes, y tenía la familia en Cahors, donde había ido a pasar un solo día, sin dar aviso de su llegada ni a su padre ni a su novia.

Esta idea, que en Cahors había proporcionado una alegre sorpresa a sus padres, había dado origen en París a una amarga desilusión.

Y estaba precisamente entonando el *mea culpa*, cuando entró en el cuarto el agente Chicottry.

A breve intervalo aparecieron Wilson y el malayo, advertidos de la llegada del agente.

Este reunió a los tres amigos, pues así podían ser considerados, a pesar de la gran diversidad de condición, raza y edad, y les enseñó unos papeles que llevaba en la mano, diciéndoles:

—Vengo a comunicarles las disposiciones preliminares que he creído oportuno tomar para realizar nuestro plan.

—Veamos —contestó el almirante.

—En primer lugar, hagan el favor de fijarse en este telegrama.

Wilson cogió el papel que Chicottry le presentaba y leyó en voz alta:

«CONSULADO DE FRANCIA.

NUOVA YORK.

Orden de impedir, por todos los medios, el desembarque de los pasajeros del trasatlántico *Federiks*, salido el 15 de octubre del Havre. Lleva a bordo el peligrosísimo malhechor Rodolfo de Barenval, evadido de Nueva Caledonia en un torpedero inglés. Pedir la cooperación del Consulado de Inglaterra para obtener el apoyo completo de la policía americana. En el trasatlántico *Gascuña*, que saldrá el 18 de Marsella, llegan personas capaces de reconocer al condenado y hábiles agentes con la correspondiente orden de captura.»

El almirante Wilson miró con alegre sorpresa a Chicottry.

—¿Qué le parece? —preguntó éste, sonriendo.

—Una excelente idea.

—Menos mal. Usted se da cuenta...

—Sí, sí.

—El *Federiks* detenido en el puerto de Nueva York; los pasajeros bloqueados y vigilados a bordo, sin que ni uno solo pueda bajar a tierra; nosotros llegamos con tres días de retraso, pero sobre seguro, y siempre a tiempo de poder reconocer y detener a nuestro bandido.

—Muy bien pensado.

—Fijense en este horario de las salidas más inmediatas de vapores hacia los Estados Unidos.

—Ya lo vemos.

—El *Gascuña* está en primer término; vapor rapidísimo y capaz de rebasar la velocidad normal del *Federiks*. Ya he tomado los pasajes correspondientes, y hoy mismo, si les parece, saldremos para Marsella.

—Estamos dispuestos; pero...

—¿Hay un pero?

—Sí.

—Diga.

—¿Tendrá eficacia el telegrama?

—No lo dude. Ha sido expedido por el Ministerio, y va cifrado.

—No hay medio de dudarlo, entonces.

—Y la orden de captura la tengo aquí —añadió Chicottry, golpeándose con la mano derecha el pecho.

Wilson le alargó la mano, que el otro estrechó con expansión cordial.

—Es usted un excelente sujeto —dijo el anciano marino.

—¡Oh! Señor almirante, no hago más que cumplir con mi deber.

—Pero lo cumple usted perfectamente.

—Gracias.

—¡Que Dios nos ayude!

—¡Vaya si nos ayudará!

El almirante sonrióse, y dirigiéndose al teniente Bonnet le preguntó:

—¿Y usted, mi joven amigo amigo?

—¿Cómo, yo?

—Se queda aquí, ¿verdad?

—¡Por Dios, almirante! —exclamó el joven oficial, con aire dolorido—. En poca estima me tiene para suponer una cosa semejante.

—¿En modo alguno!

Yo no digo que me adelanto a usted, porque siento hacia usted demasiado respeto y reconozco sus derechos; pero puede tener la seguridad de que estaré siempre a su lado, en cualquier ocasión se presente, hasta que Maud no haya sido libertada.

—¡Vive Dios! —gritó el almirante—. Esto es hablar con el corazón. ¡Venga usted acá, sobre mi pecho! ¡Permitame que le abrace como si fuese mi hijo!

La escena era patética, y todos estaban emocionados, incluso el tiznado Sudharah, que, entre tanta diversidad de acontecimientos, no parecía tener pensamiento más que para una cosa: el de su venganza.

De pronto, el almirante Wilson se golpeó la frente.

—Pero, teniente, usted no puede acompañarnos.

—¿Por qué? —preguntó el joven, lleno de asombro.

—¿Y su servicio?

—Tranquilecese, señor —prosiguió diciendo Cipriano Bonnet con suave sonrisa, suspirando ligeramente—. Tengo una licencia de seis meses.

—¡Diablo!

—Sí, los seis meses que debía emplear en mi casamiento y mi luna de miel; y en cambio... ¡Pobre, pobrecita Maud!

El anciano marino volvió el rostro en silencio, mordiéndose

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



CUENTOS DE CALLEJA

Los TRES CONVIDADOS

Castillo

U

NA vez había en una aldea tres perros que guardaban entre sí relaciones de vecindad.

En el lugar se celebraba una gran boda, a la que fueron convidados chicos y grandes, y hubo cocidos, asados y fritos en tan grande abundancia, que el olor trascendía por todo el pueblo.

Estando reunidos los tres perros se apercebieron de los buenos olores y decidieron asistir ellos también a la boda por ver si alcanzaban algo. Mas, para evitar la importuna vigilancia, resolvieron no ir los tres juntos, sino separados, uno a uno.

En efecto; fué el primero, entró en un patio donde estaba preparada la carne y otras vituallas y cogió un gran trozo de carne. Cuando se disponía a escapar con ella, fué sorprendido por un marmítón, que, además de arrebatárle su presa, le atizó un par de estacazos morrocutos.

Así volvió, hambriento y apaleado, a la alquería, donde le esperaban sus camaradas, que, ansiosos de buenas noticias, le preguntaron:

—Y bien, ¿qué tal te ha ido? ¿Te gustó lo que te han repartido?

Pero hería su vanidad confesar lo sucedido y contestó:

—¡Ay, muy bien!; pero la comida está allí muy abundante de pimienta y no se puede soportar por lo fuerte y lo picante.

A los dos perros se les hizo la boca agua sólo de pensar el buen hartazgo que se acababa de dar su compañero, y le miraron con envidia, pensando lo satisfecho que estaría.

—Lo que más me ha gustado —añadió— es un muslo de pavo en gelatina. ¡Qué sabroso estaba! ¡Qué bien asado! Hay que convenir en que aquella cocinera tiene unas manos prodigiosas. Aún me está doliendo... no haberme quedado allí.

Los camaradas, cuando oyeron esto, se imaginaron qué habría comido extraordinariamente, que le habrían echado buenas sobras de huesos con carne.

—Pues allá voy yo, a ver si me tratan como a ti —dijo el segundo perro.

Y, saltando alegremente, echó a correr hacia la casa de la boda. Encaminóse directamente a la cocina y cogió lo primero que encontró; pero antes que pudiera escapar fué sorprendido, y le echaron un puchero de agua caliente sobre el lomo. El desdichado, humeante y chorreando agua como un perro de lanas cuando sale del baño, disparó a correr, y, a pesar de haberse quemado dolorosamente, sofocó sus lamentos. Cuando volvió a la alquería, donde le esperaban sus dos compañeros, le preguntaron:

—Y bien, ¿qué tal lo has pasado?

—Perfectamente —contestó—; pero está aquello hirviendo demasiado y hace falta comer con mucho cuidado para no escaldarse. Verdad es que la cocinera tiene unas manos admirables para preparar guisos; pero no dejará de reconocer el compañero que me ha precedido que tiene el defecto de servir la comida muy caliente.

—¿Y qué te ha gustado más de lo que has comido? —preguntó el tercer perro, cuyo apetito se aumentó al figurarse la hartura de sus dos amigos.

—Pues, a deciros la verdad, sólo le tomé el gusto al primer plato, que era una perdiz estofada. Los demás platos apenas los he saboreado, con el deseo de venir pronto para que tú no te quedases sin comida.

—Entonces —pensó el tercer perro—, los convidados estarán ahora mediando la comida; así es que no quiero tardar, para encontrarme allí por lo menos a los postres, cuando sirvan los tiernos pasteles.

Y marchó corriendo a más no poder. Pero apenas entró en la casa, le vió un criado, que le cogió la cola





contra la puerta de una habitación y se la apretó tan fuerte, que casi le arrancó el pellejo; y el perro, con aquella avería, escapó, saltando.

—Y a ti, ¿qué tal te ha ido en la boda? —le preguntaron sus amigos con intención maligna.

El maltrecho perro escondió entre las piernas su pelada cola lo mejor que pudo y contestó:

—Muy bien, es una locura lo que allí se derrochaba; pero tiene uno que saber dejarse caer el pelo.

—Cuéntanos también lo que has comido —exclamaron los otros, que en ausencia del tercero se habían dicho la verdad del caso.

—Yo, señores —dijo modestamente—, aun cuando fui después que vosotros, aun llegué a tiempo de recoger algo de lo mucho que allí se desperdició. Por el suelo había unos capones asados que oían muy bien, les hiqué el diente en seguida y me puse el cuerpo de primera.

—Ya lo creo —exclamaron los otros—. ¡Bueno han debido ponerte el cuerpo, pero a estacazos!

—Bueno, pues es verdad —dijo el can lleno de pena—. Vosotros habéis sido afortunados; habéis comido lo que se os ha entojado, y yo, ¡pobre de mí, sólo he sacado la cola pelada.

—Consuélate —dijo el primero—, porque lo que yo he sacado de la boda ha sido una ensalada de palos.

—Y yo estas ampollas.

A todo esto se acercó a los tres perros un nuevo personaje, tan desmirriado y seco, que tampoco debía de haber sido convidado a las célebres bodas. Era un gato romano, que saludó con mucha cortesía y les preguntó si tenían noticia de dónde habría comestibles.

—Tengo, amigos míos —dijo—, un hambre atrasada

de quince días. El calendario marca el 15 de agosto y mi estómago marca el 30 de julio. Yo tenía un ama que me cuidaba; pero me cansé de dejarme pasar la mano por el lomo y hacer *ron, ron*, acostado en su falda, y salí por esos mundos de Dios en busca de aventuras. En medio mes que llevo libre, sólo he podido cazar un

grillo; me lo tragué entero, y desde entonces tengo una murga en la barriga que no me deja pegar los ojos. Porque el grillo, como está a oscuras, siempre cree que es de noche y empieza con su *cri, cri*, que el diablo que lo aguante.

—Sí, debe usted estar divertido con ese violinista dentro del cuerpo —exclamó uno de los perros.

—No lo sabe usted bien, porque cuando tiene hambre empieza a rascarme en el estómago y me hace unas cosquillas que me obliga a dar corcovos, saltos y carreras.

—¿Y cómo hace usted para aplacarlo?

—Pues, amigo, como hierba para que se la trague el maldito; pero sólo hay un remedio a mi mal, y consiste en comer tanta carne de una vez que llene el estómago y aplaste al animalejo.

—Si usted quiere —dijo uno de los perros—, acérquese al pueblo, donde se está celebrando una espléndida boda; diga a la cocinera que va de nuestra parte y le dará lo mismo que a nosotros.

Entusiasmado el gato marchó a la aldea, mientras los pérfidos perros gozaban al pensar en la paliza que aguardaba al infeliz minino.

Así fué: no hizo más que franquear la entrada, recibir un recio garrotazo y salir bufando.

Cuando regresó al sitio donde los perros le aguardaban, les dijo:

—Mal se come en esa casa; como estén los filetes tan duros como el que me han dado a mí, no va a quedar vivo ninguno de los convidados.

Rieron los perros, hizoles coro el gato, y, llegado el momento de la confianza, contaron la verdad.

—Entonces —dijo el gato—, el mejor librado he sido yo, porque del estacazo ha muerto el grillo y ya no me molesta.

Cada cual se fué a su casa y ni el gato ni los perros volvieron a meterse en aventuras. Se conformaron con los alimentos que les daban en casa de sus amos, y comprendieron que era una locura ir a mendigarlos o robarlos en casas ajenas.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?
—Si te parece, amigo buho, vas a hablarme de una cosa muy parecida a lo que hablamos en nuestra penúltima entrevista, ¿te acuerdas de ella?

—Perfectamente. Ya sabes que tengo una memoria privilegiada. Tratamos de esa formidable arma de combate que se llama torpedo.

—Eso es; pues hoy quisiera que me hablases de otra arma tan formidable como el torpedo. El submarino.

—En efecto, es un arma verdaderamente temible, no por lo que es un submarino en sí, sino porque, oculto debajo de las aguas, puede lanzar torpedos sin ser visto por el adversario. El barco que se ve atacado por un torpedo lanzado por un submarino peca sin ver al enemigo que es causante de su hundimiento. Por eso es terrible el submarino, porque como no se le ve cuando ataca, no hay posibilidad de perseguirle y atacarle a su vez.

—Yo he visto, amigo buho, algunos submarinos junto al muelle; pero no he tenido la suerte de estar en el interior de ninguno de ellos. ¡Cómo me gustaría ver todo lo que tiene dentro! Y, si he de decirte verdad, hasta me atrevería a navegar en ellos, y no creo que me faltase valor para hacer funcionar esos maravillosos resortes que hacen que el submarino navegue por la superficie o por las profundidades del mar.

—¿Pues no dices que no has visto nunca ningún submarino? ¿Cómo sabes que hay esos resortes de que me hablas?

—Porque me lo figuro. Yo tengo en casa un submarino de juguete, y por medio de un resorte se llenan de agua unos departamentos, y entonces el barquito se hunde hasta cierta profundidad, y si quiero que flote en la superficie tengo que vaciar el agua que ha entrado dentro.

—Pues he aquí, querido Chonón, que tú mismo has explicado el fundamento de la sumersión e inmersión de los submarinos. Estos buques tienen unos depósitos, llamados compartimientos estancos, que se llenan de agua por medio de un mecanismo especial, y al aumentar de peso hacen que el submarino se dirija hacia el fondo.

—Comprendido; pero ¿y para subir de nuevo? ¿Cómo pueden echar el agua fuera si no puede abrirse ninguna ventanilla del submarino?

—¿Por qué no ha de poder abrirse?

—Porque entraría el agua del mar y lo inundaría todo.

—Si no existiera el principio físico llamado de impenetrabilidad, tendrías razón; pero así, no la tienes. Voy a ponerte un ejemplo y comprenderás por qué no entra el agua en los submarinos aunque se abran los compartimientos estancos y se halle el buque en el fondo del mar.

—Vamos a ver; explícame, porque es curioso el caso.

—Pues todo lo que tiene de curioso, tiene de sencillo. Suponga-

mos que en una palangana sumerges con la mano un vaso vacío con la boca hacia abajo. ¿Se llenará de agua?

—¡Hombre! Claro que no podrá llenarse si tenemos cuidado al sumergirlo de no dejar escapar el aire. Dos cosas no pueden ocupar el mismo lugar en el espacio, y es evidente que el vaso no puede estar lleno de aire y de agua a la vez. Es decir, que yo creo que el aire no dejaría entrar al agua.

—Perfectamente, Chonón. Eso mismo es lo que ocurre en los submarinos. El agua de los compartimientos estancos es lanzada al exterior por el empuje de cierta cantidad de aire comprimido, y este mismo aire es el que impide que el agua del exterior se precipite dentro. La misma presión del aire se encarga de cerrar unas válvulas que impiden el paso al agua de afuera. ¿Lo has entendido?

—A las mil maravillas. Dime ahora cómo estando sumergido un submarino puede ver lo que pasa en la superficie. Me has dicho antes que disparaban los torpedos desde debajo del agua, y yo no sé cómo pueden apuntar al blanco si no lo ven.

—Estás equivocado. El blanco lo ven perfectamente merced a un maravilloso aparato que se llama «periscopio». Es el ojo del submarino. Consiste en un tubo bastante largo, cuya extremidad superior sale un poco a la superficie. En esta extremidad tiene una lente que recoge las imágenes de todo lo que hay a su alrededor en un radio de trece millas, y por una combinación de espejos se reflejan sobre una superficie blanca, donde el comandante del submarino ve perfectamente todo lo que ocurre encima del agua.

—¿Y no se vicia el aire que se respira dentro de estos buques?

—Cuando llevan muchas horas sumergidos es necesario renovar el aire, para lo cual sirven también los depósitos de aire comprimido. Pero, de todas formas, llega un momento en que es necesario salir a la superficie, porque si no la asfixia sería inevitable. Has de tener en cuenta que, además de la respiración de todos los tripulantes, también contribuyen a enriquecer el aire las emanaciones de los motores de petróleo, el calor, la evaporación de las grasas y otros agentes tan inevitables como molestos. El viajar en un submarino es cosa muy molesta, querido Chononcito. Me parece que si hicieras una travesía en el interior de alguno de ellos, no volverías a hacer otra.

—Entonces, mejor será no hacer la primera, ¿no te parece?

—Desde luego, mejor será. Pero te advierto que tampoco es cosa fácil penetrar en el interior de estos barcos, porque todas las naciones tienen muy buen cuidado en conservar el secreto de sus mecanismos.

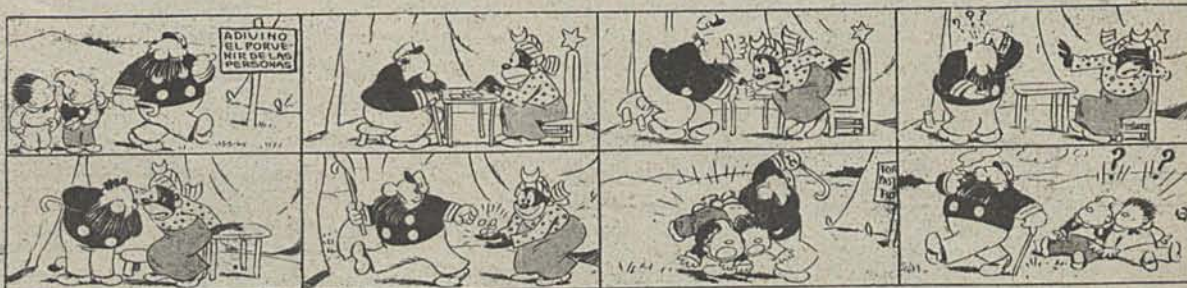
—Y hacen bien, ¿no te parece?

—Cuando lo hacen, bien hecho estará.

—Te advierto que has satisfecho mi curiosidad de tal modo, que me resigno a seguir viendo los submarinos desde tierra firme.

—Más vale así.

¿QUE PINOCHILTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

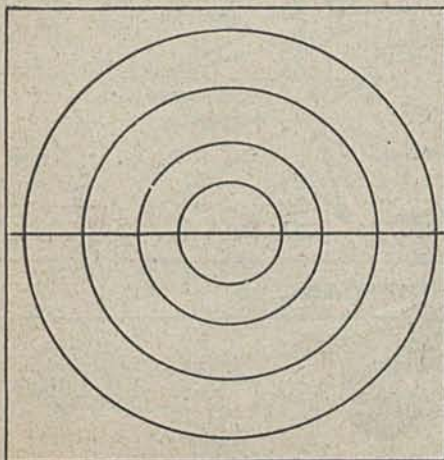
Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS MONOS CAZADORES



Moninez y Macaco han salido de caza. Llevan andadas unas cuantas leguas y aun no han cobrado ninguna pieza. Nosotros sabemos que hay entre el ramaje tres conejos. ¿Dónde se hallan?

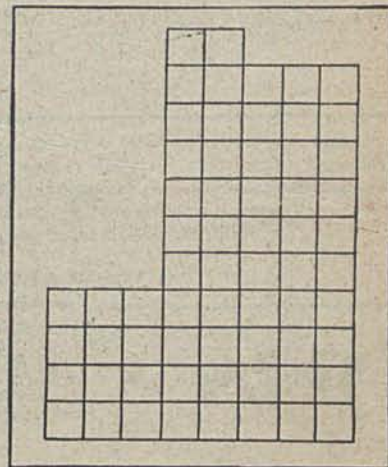
DIBUJO COMPLICADO



He aquí cuatro círculos concéntricos atravesados por una línea. Se trata de hacer este dibujo sin levantar el lápiz del papel, de un solo trazo y sin que se toque ni cruce ninguna línea.

ROMPECABEZAS

Tenemos, como veis, un trozo de linoleum de forma irregular y queremos cubrir el piso de una habitación perfectamente cuadrada. Basta con cortar este trozo en dos pedazos, de forma que al unirlos casen sus cuadrados, construyendo un cuadrado perfecto. ¿Cómo?



SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE ABRIL

NÚMEROS 111, 112, 113 Y 114

LA ARAÑA DIBUJANTE



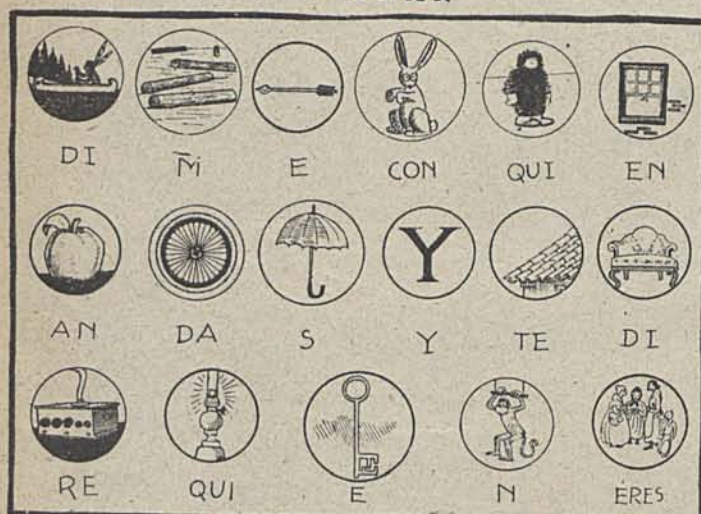
EL TRAVIESO PEPITO



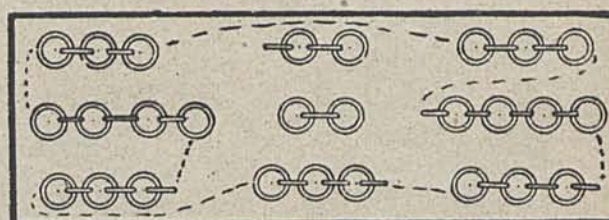
EL MONO ORADOR



REFRÁN

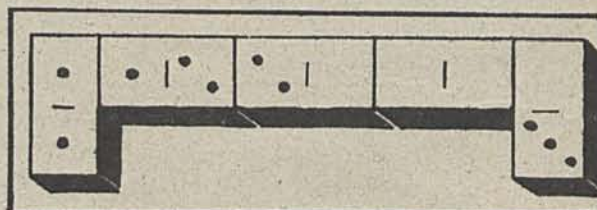


LA CADENA DE PIRULA



Basta abrir los anillas de los dos trozos cortos, y con esas siete anillas unir los otros siete trozos. De forma que como el abrir una anilla cuesta un céntimo, son siete céntimos, y siete soldaduras, a dos céntimos, catorce. Total, veintiún céntimos costó arreglar la cadena de Pirula.

EL DOMINÓ



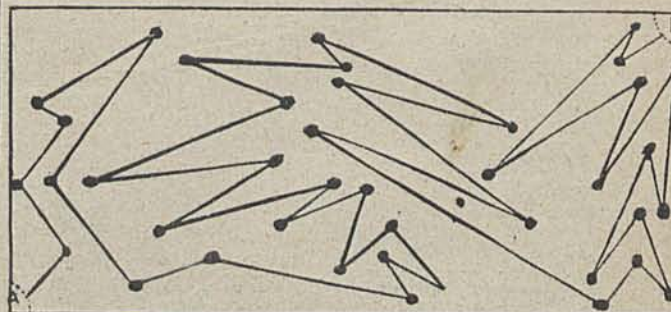
Soluciones que sumen cinco: (1-0), (0-0), (0-2), (2-1), (1-3); otra: (4-0), (0-0), (0-2), (2-1), (1-0); otra: (2-0), (0-0), (0-1), (1-3), (3-0). Que sumen seis hay diez combinaciones; damos una: (2-0), (0-0), (0-1), (1-4) y (4-0).

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?

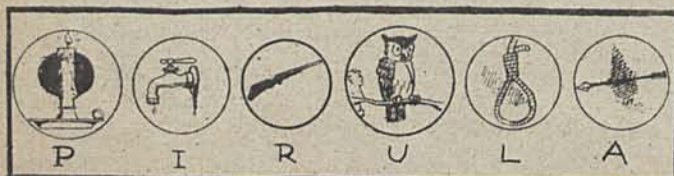


1, bisagras a los lados de la cerradura y a un costado; 2, falta agarador; 3, falta rueda; 4, faltan radios; 5, colgador mal puesto; 6, faltan alambres a la jaula; 7, los palos de la cama desiguales; 8, soporte del espejo desigual; 9, falta un agarador en la cómoda, y 10, el martillo no puede estar así, pues se caería.

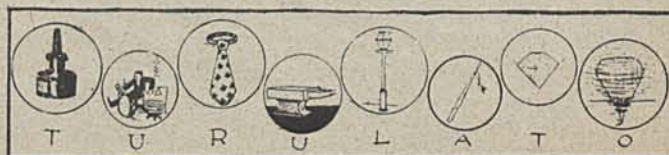
UN LABERINTO ORIGINAL



ROMPECABEZAS



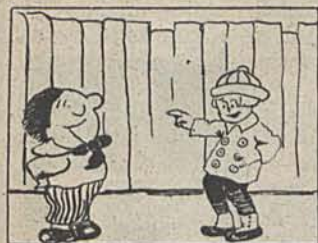
ROMPECABEZAS



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



—¿En qué se parecen los paragolpes al árnic?—
—Pues en eso mismo; en que son para golpes.

JORGE V. RADAELLI.



Una mujer de antaño.

SANTIAGUITO SOLANO.

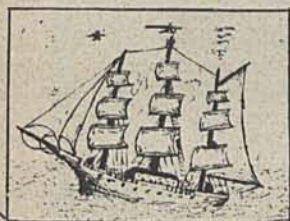


Granadina.
FRANCISCO MARTÍN.



El barco de Pinocho.

CECILIO R.



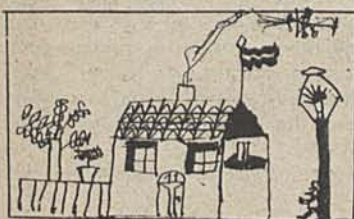
Un velero.
JOSÉ OLIVÁN.



El perfil de Pinocho.
EUGENIO TREJOS.



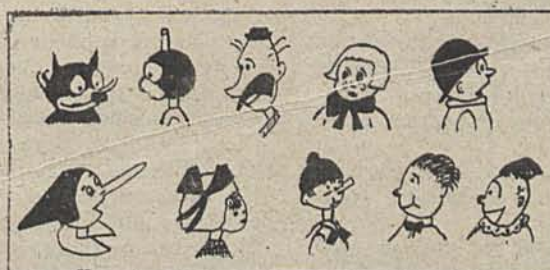
El buho de Chonón.
A. SÁNCHEZ COVISA.



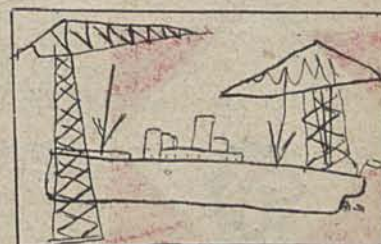
La casa de Pinocho.
MANUEL F. VIVAR.



Las travesturas de Currinche.
FERNANDO GARCÍA.



Personajes conocidos.
M.ª LUISA ABADAL.



Un vapor.
J. VEGA.

Cuento baturro.

Al tío Casendro le habían convidado a comer, y cuando se ponía el traje de las fiestas para acudir al convite, entró su hijo gimoteando.

—¡Anda, padre! —le dijo—. ¡Buena se va usted a poner la tripa de comer cosicas buenas!

—De buena gana te llevaría, hijo; pero como me han convidado a mi solo...

—¡Pues yo quiero ir!

—Mira, ven, que se me ha ocurrido una idea. Me acompañas hasta la puerta y te quedas esperando allí a que te llame. Ya verás cómo encuentro la manera de hacerte pasar.

Llegaron a la casa; entró el tío Casendro y se quedó el hijo en la puerta. Sentóse a la mesa el padre con los otros invitados, y en el momento de servirse el primer plato dijo:

—Con permiso de ustedes... Tengo costumbre de bendecir la comida...

—Muy bien, muy bien —le dijeron—. Bendígala usted.

Se puso en pie el baturro, y extendiendo las manos sobre el plato dijo:

—En el nombre del Padre y del Espíritu Santo...

—¡Hombre! ¿Y el Hijo? ¿Dónde se ha dejado usted el Hijo?

—Ahí en la puerta —contestó rápidamente el tío Casendro—. ¡Pasa, Joaquínico, que preguntan por ti!

Y el hijo del tío Casendro entró como un rayo y se sentó en la primera silla que vio libre.

AUGUSTO GARCÍA F.
Diez años. Madrid.

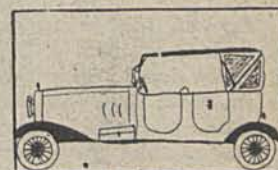
El salto de Tequendama.

El caudaloso río Bogotá, desde su nacimiento, y después de atravesar la gran sabana de su mismo nombre (está situada en el departamento de Cundinamarca, República de Colombia), se presenta ante un abismo inmenso, que, al verlo, le horroriza, hace un esfuerzo para no caer, pero, al fin, cae, hecho espuma, y con el fuerte golpe de la roca del abismo se evapora como pequeñas nubecillas.

Este abismo es el salto de Tequendama, el más profundo del mundo, pero no el más ancho y caudaloso, pues las cataratas del Niágara llevan más caudal y son más anchas. Hay una tradición muy antigua sobre esta cascada, que es la siguiente:

En tiempos de los indios chibchas se inundó la gran sabana de Bogotá, durando así algunos días, cuando, después de una gran lluvia, apareció el arco iris, y, sobre él, un anciano respetable, que les habló de la religión y les enseñó a hacer telas, mantas, etc. Viendo la inundación, se fué; y, cuando llegaba al término de la sabana, golpeó la tierra con su bastón, donde se hizo un enorme hueco, que es hoy el salto de Tequendama. (Se cree que el anciano fué uno de los doce Apóstoles.) El anciano, después de haber hecho esto, desapareció.

JOSÉ A. JÁCOME V.
Doce años.



El «auto» de mi papá.
ELENA MATA.

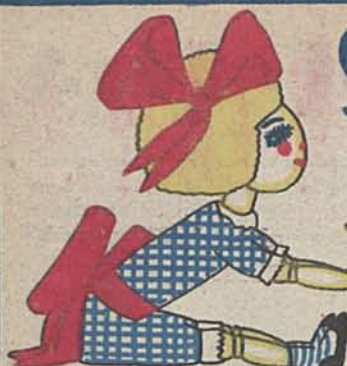


Alguacil
siglo XVIII.
MANUEL
NIETO.



Mi prima.
JUANITA
ARRANZ.

Sección Pirula



CHARLAS DE PIRULA... BORDADORA

Los pajaritos aviadores.

El domingo pasado os referí la historia —mejor dicho el cuento— del primer aeroplano.

Hoy es natural que hablemos de los aviadores. ¿De cuáles? ¿Acaso de Lindberg, el gran norteamericano que ha sido el primero en venir volando, y sin escala, de los Estados Unidos a Europa?

¿O de la intrépida Ruth Elder, la primera mujer que ha intentado hacer otro tanto? Y si no lo ha conseguido no será por falta de valor, que ya os habréis enterado de cómo, mediada la travesía, ella y su piloto cayeron al mar y estuvieron a punto de ahogarse.

¿O de los desdichados franceses Nungesser y Coli, que en idéntica travesía perecieron?

¿O, mejor aún, de nuestros heroicos Franco, Alda y Rada, que, en el «Plus Ultra», fueron los primeros en ir de Europa a la Argentina?

No; de ninguno de esos aviadores, pues ya todas conocéis sus hazañas, sino de otros mucho más pequeñitos, en quien nadie suele fijarse y que son, sin embargo, también unos aviadores consumados. Me refiero a ciertos pajaritos...

¡Vaya un descubrimiento! —interrumpiréis sin duda—. Los pájaros no son aviadores, ni tienen mérito en volar; para eso tienen sus alas, como nosotros tenemos piernas para caminar por la tierra.

Si, ¿eh? Claro que las golondrinas están en tal caso; vuelan sin dificultad ni mérito por encima de los mares para ir, a la llegada del invierno, en busca de los países de calor, de los cuales regresan en primavera a su país de origen.

Pero no siempre es así. ¿Qué me decís del aguzanieves, o del gorrión, cuyas alas, mucho más débiles, son incapaces de un vuelo grande sin descanso, y que, sin embargo, salvan las mismas distancias que los otros en las mismas épocas del año? ¿Cómo se las arreglarán estos pajarillos de alas débiles para salvar distancias inmensas, para cruzar el mar, para que, originarios, por ejemplo, de Europa, se les encuentre en invierno en Egipto, adonde es imposible que les hayan llevado sus propias alas?

¿Veis cómo la cosa no es tan sencilla como parecía? Vamos a ver: ¿a que no adivináis el medio de locomoción aérea que utilizan?

Porque no será, digo yo, que se fabrican un aeroplanito para su uso particular.

Y, sin embargo, utilizan una especie de aeroplano; pero se trata de un aparato que se en-

cuentran ya hecho, que no les cuesta ni tiempo ni trabajo alguno fabricar, y en el cual van sin molestia de ninguna clase, más cómodamente instalados de lo que podamos soñar ir, vosotras y yo, cuando la aviación llegue a ser el más corriente de los medios de locomoción; ¡ah!, y además sin pagar el pasaje y con toda seguridad de que no se les ha de estropear el motor ni les faltará esencia a mitad de camino.

Ese aeroplano maravilloso consiste en... Adivina, adivinanza: a la una, a las dos y a las... ¡tres! Puesto que os daís por vencidas, lo diré: consiste en las alas de los demás pájaros.

Ya veis qué bien discurrido lo tienen todo los comodones pajarillos.

Cuando van a realizar su emigración anual los pájaros grandes, tales como las grullas o las cigüeñas, los pajaritos de que hablábamos se montan sobre su espalda y, acurrucados entre las tibias plumas, cruzan los mares.

Este mismo sistema lo siguen en América del Norte los gorriones, que cruzan la bahía de Hudson sobre la espalda de los gansos del Canadá.

Está visto que los pájaros son bastante más prácticos de lo que nos solemos figurar; ni tienen todos «cabeza de chorlito» ni todos tienen la «cabeza a pájaros».

¡Poco que nos gustaría a todas nosotras poder hacer otro tanto, ¿verdad?

En espera del momento en que cada Pirulinda llegue a ser una aviadora sobresaliente y deje a la propia Ruth Elder a la altura del betún —o sea a la altura de Currinche—, bien merecidos se tienen los simpáticos gorriones —por cierto que en esto de viajar nos resultan, además de gorriones, un poquito «gorrones»— que les bordemos su retrato.

En esta página lo tenéis; están muy entretenidos picoteando unas cerezas para reponerse, sin duda, de las fatigas del vuelo... ajeno.

El motivo es gracioso y alegre; conviene bordarlo en sus tonos naturales.

Lo mejor es hacerlo con telas recortadas y pegadas a punto de festón, de cordón o de cadeneta.

Los pájaros, en tela color castaño claro ribeteados con castaño más oscuro.

Para las ramas puede hacerse lo contrario; las hojas seran verdes ribeteadas con negro.

Las cerezas son bordadas solamente a punto de realce en algodón encarnado vivo.

Claro está que, para mayor sencillez y comodidad, se puede, si se quiere, bordar todo el motivo sin telas recortadas, bien trazando el contorno solamente, bien rellenándolo todo a punto de Lagartera o de realce.

El efecto, de todos modos, es encantador, lo mismo en una mantelería que en un almohadón o en una bolsa de labor.

